

el *otro* le ha dado un sentimiento de relatividad del que carecía en el mundo autárquico y cerrado en que vivía. Los viajes de *La Odisea* habían dado una muestra de sus fantásticas variantes. Cada isla visitada por Ulises es *diferente* y tiene un *orden* distinto, que puede ser tanto paradisíaco como infernal. Aun reducido a la escala del mar Mediterráneo que recorre, la diversidad del mundo se ha hecho evidente a Ulises y al hombre clásico. *La Odisea* no es más que la crónica de ese viaje, donde el inventario de realidades acumula las diferencias, pero donde ya se descubre la existencia de islas idílicas y paradisíacas, como la recordada isla de Siria o la gruta de las Ninfas, el palacio de Alcino en el país de los Feacios, origen del *locus amoenus* de la literatura occidental. Mientras más se explora y descubre, más se consagra el derecho a la *diferencia* y más se presienten nuevos horizontes. La curiosidad no se satisface, sino que —por el contrario— se excita en la misma medida en que comprueba las razones del impulso que la llevó a la aventura.

En realidad, desde el momento en que el hombre navega, la historia de la humanidad se *embarca* —en el sentido literal y metafórico de la palabra— en una expedición que no tiene límites. Roto el orden natural y perdida la Edad de Oro de la propia tierra, el viaje del navegante hacia puntos cada vez más lejanos parece su inevitable consecuencia.

A esta altura es posible plantearse una pregunta.

¿Por qué los autores greco-latinos que habían resaltado los méritos de la Edad de Oro fueron tan tajantes en la condena de la navegación? Aun cuando el *orden natural* que proporcionaba el aislamiento y la autosuficiencia hubiera sido sustituido por la *relatividad* de la multiplicidad de puntos de vista asumidos gracias a los viajes marítimos, ya era evidente con Homero, Hesíodo en Grecia y más claramente con Horacio en Roma que era justamente gracias a la posibilidad de la navegación que la Edad de Oro podía ser recuperada en *otro mundo*.

III. La metamorfosis del mito áureo

¿Por qué —entonces— seguir despreciando a los curiosos exploradores, cuando anunciaban renovados *espacios* para la esperanza perdida?

Para entender las razones que subyacen en esta aparente contradicción, hay que volver hacia atrás y recordar cuál había sido el verdadero propósito de Jasón al construir la nave Argos con los pinos de Tesalia. En efecto, si navegar fue el *pecado original* por el cual los hombres renunciaron a la Edad de Oro para adquirir el derecho a la aventura de lanzarse hacia lo desconocido, aun cuando estuvieran guiados por una curiosidad nacida del aburrimiento del *aurea mediocritas* en que vivían, a partir de la transgresión de Jasón el oro buscado tiene una naturaleza distinta. El oro buscado por los Argonautas no es el de una edad de paz y armonía allende los mares, sino el *vellocino de oro* que incorpora una dimensión de botín y tesoro a la sociedad igualitaria de la época.

El mito se metamorfosea. Detrás del mundo de «las casas sin puertas», aparece la codiciada meta de un tesoro que debía justificar los nuevos riesgos asumidos. Navegar, sí, pero no por simple curiosidad exploratoria, sino guiados por un nuevo mito emer-

gente: el *vellocino* que espera al arriesgado navegante que sea capaz de conquistarlo al término de un viaje plagado de obstáculos y aventuras.

Los navegantes mercaderes irrumpen en la historia

El oro simbólico, pero metal valioso al fin, irrumpe en la historia para desterrar justamente la Edad de Oro de la humanidad. Para que no queden dudas, su ambivalente significado reaparece en otros escenarios paradisiacos, como las *manzanas de oro* de los fértiles jardines de las islas Hespérides o en el ubicuo El Dorado del espejismo americano en cuyo nombre se organizan numerosas expediciones a lo largo de los siglos XVI y XVII. Basta recordar al propio Cristóbal Colón y su obsesiva búsqueda del oro en las islas de las Antillas para comprender el alcance del cambio operado.

El problema no radica, pues, en el hecho de navegar, sino en la motivación mercantilista y crematística de esa navegación. La aventura hacia lo desconocido se planea con la esperanza de la apropiación de un trofeo áureo. Sólo por ello —y no por otras razones— merece el repudio y el desprecio.

Los autores clásicos griegos tienen claramente presente en su condena de la navegación la activa presencia de los fenicios en el Mediterráneo. Son los hijos de Tiro y Sidón quienes han cometido el *sacrilegio* de unir partes del mundo «naturalmente separadas», persiguiendo metales preciosos como el estaño, el cobre y el oro y fundando colonias y factorías en las costas de un mar cuyos pueblos deberían ignorarse entre sí para seguir siendo felices.

Si los griegos desprecian a los fenicios, los romanos lo harán con sus herederos, los cartagineses. Todo lo que es comercio y afán de lucro, se asocia en Roma a la ciudad de Cartago, connotación peyorativa que ha llegado hasta nuestros días.

En pleno siglo XIX la leyenda todavía supervive cuando Domingo Faustino Sarmiento habla de los peligros de la «época cartaginesa» que amenazan a la Argentina. Los inmigrantes que desembarcan en los puertos del río de la Plata son «tenderos y mercachifles», escribiría despectivamente poco después Miguel Cané. Por su parte, José Enrique Rodó en *Ariel* (1900) teme que a causa de la influencia de Calibán, las ciudades hispanoamericanas «terminen en Sidón, en Tiro, en Cartago».

El ejemplo de Rodó es muy significativo. En los mundos abiertamente contrapuestos que encarnan los espíritus de Ariel y Calibán; se enfrentan las civilizaciones que les dieron origen. Por un lado tenemos a Grecia, a la que «los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible», siendo las prendas de la juventud «el entusiasmo y la esperanza» que «corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y a la luz», virtudes que encarna el espíritu de Ariel. Por el otro, está el «utilitarismo» y «la democracia mal entendida» de la civilización fenicia y cartaginesa, representada en la época contemporánea por los Estados Unidos. El espíritu de Calibán en Hispanoamérica se traduce por una «nordomanía» y un «americanismo», neologismos con los cuales Rodó define los males que la amenazan.

Hablando del origen de la navegación, Rodó se refiere a:

La prosaica e interesada actividad del mercader que por primera vez pone en relación a un pueblo con otros,
y anota cómo una vez destruída,

De las piedras que compusieron Cartago no dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz.

Impedir que las ciudades americanas terminen en Sidón, en Tiro y en Cartago es la tarea de la juventud americana a la cual se dirige el mensaje de *Ariel*:

No desmayéis en predicar el evangelio de la delicadeza a los escitas, el evangelio de la inteligencia a los beocios, el evangelio del desinterés a los fenicios.²⁹

Sin embargo, paradójicamente han sido los cartagineses quienes mejor han presentido América en la antigüedad clásica. En la *Mirabilis Auscultationes*, el libro de *las maravillas inauditas* que se atribuyera a Aristóteles, se narra un portentoso viaje de unos mercaderes cartagineses hacia las tierras del sol poniente donde estaba situado el continente americano.

Dícese que en el mar que se extiende más allá de las columnas de Hércules fue descubierta por los cartagineses una isla, hoy desierta, que tanto abunda en selvas como en ríos aptos para la navegación y está hermosada con toda suerte de frutos, la cual dista del continente una navegación de muchos días.³⁰

Esa misma tierra legendaria ya descubierta en la antigüedad, según el testimonio atribuido a Aristóteles, aparecería mencionada siglos después en el famoso ensayo de Montaigne *De los caníbales*. Ciertos cartagineses que se habían aventurado más allá del estrecho de Gibraltar habían descubierto una gran isla fértil, revestida de bosques y con grandes y profundos ríos, lejos de la tierra firme. Allí habían emigrado con sus mujeres e hijos, atraídos por la bondad y fertilidad de las tierras y se habían acostumbrado a esa nueva vida, al punto de olvidar su *origen* europeo.

En el famoso libro de Diodoro de Sicilia donde se mezclan inextricablemente viajes fantásticos y reales, también se adjudica a los fenicios el descubrimiento del mundo del cual «diríase que es más bien habitación de los dioses que de los hombres»,³¹ palabras que reaparecen significativamente repetidas en muchas Crónicas y Relaciones del descubrimiento del Nuevo Mundo. Gonzalo Fernández de Oviedo —por ejemplo— se refiere a los mercaderes que navegando hallaron una riquísima y «gran isla que nunca había sido descubierta ni habitada por nadie».³² Teófilo de Ferraris al apoyar la tesis de Oviedo confirma en su *Vitae regularis sacri ordinis predicatorum* lo que se imputaba a Aristóteles en el *Libro de las Maravillas*, a saber, el *conocimiento* y no el simple presentimiento que el hombre había tenido desde la antigüedad de la existencia de una *cuarta región* en el mundo que debería sumarse a la sagrada trilogía del mundo clásico.

Pero que el mérito de ese descubrimiento correspondiera a los *mercaderes* y no a los

²⁹ *Ariel* por José Enrique Rodó. Edic. del Nuevo Mundo. Montevideo, 1967; p. 157.

³⁰ Citado por Rafael Pineda Yáñez en *La isla y Colón* (Emecé, Buenos Aires, 1955; p. 17), quien no puntualiza el carácter apócrifo del libro atribuido a Aristóteles.

³¹ *La historia de la Ciudad del Sol, país extraordinario que estaría situado en el «gran mar Océano hacia el meridiano» fue recogida por Diodoro de Sicilia en su Biblioteca Histórica* (Liber Tercius, II, 55 y ss). Oxford University Press, 1968.

³² *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano* por Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid, 1851); Libro II, cap. 3.